

Plaza pública

para la edición del 19 de junio de 1995

Solidaridad finada

Miguel Ángel Granados Chapa

Desde el hecho mismo de que su enblema reprodujera los colores nacionales, es decir los del logotipo del PRI, pasando por la designación de su hermano Raúl como responsable de la operación, y concluyendo con el tipo de organización que generó, sobran las evidencias de que el Presidente Salinas concibió a Solidaridad no sólo "como una nueva forma de trabajar", según rezaba su propaganda; ni únicamente como un modo de organizar el gasto social, sino como un proyecto político de carácter partidista.

Cuando se efectuó en 1991 la decimocuarta asamblea nacional del PRI, pareció llegada la hora de reemplazar a ese partido por una nueva formación. En Polonia, una década atrás, la conversión del sindicato Solidarnosc, contribuyó a la temprana conversión del régimen de partido único en un sistema abierto, que anticipó el fin del socialismo real. Los partidarios de las comparaciones mecánicas veían en el movimiento local de Solidaridad un factor semejante, que permitiera una transición de la era priísta a otra regida por la voluntad del Presidente Salinas. El gobierno encabezado por éste se despojaría de ese modo del desprestigio acumulado por el priísmo a lo largo de varias décadas, sin incurrir en las privaciones que provoca la pérdida del poder.

Diversos factores, sin embargo, se conjuntaron para impedir que Solidaridad ocupara con sus comités el papel que había asumido el partido oficial durante décadas, sin que esa contrariedad significara por entero una frustración para el proyecto salinista, que esperaba contar con esas bases para su operación política futura, una vez que concluyera lo que parecía destinado a ser su primer periodo de gobierno. Por ese motivo, cuando sintió en carne propia la acción del Estado, que tantas veces puso en marcha, y su hermano Raúl fue detenido, el escenario natural para su tragicómico ayuno fue la sede de un comité de Solidaridad. Fracasado de nuevo en su intento de valerse de ese instrumento, en esa misma hora lo condenó a muerte. No sólo recordaba demasiado un tiempo pasado que día con día era objeto de mayores **re**criminales, sino que Salinas tendría en todo tiempo la tentación de comprobar si habría construido una base de apoyo en torno suyo, al modo en que Perón lo consiguió con los **descamisados**, en la Argentina de medio siglo atrás.

Aparte el fortalecimiento del presidencialismo caritativo (es decir, del populismo dadivoso que en los discursos era vituperado pero seguía practicándose) y de la construcción de una herramienta política directamente operada por el Ejecutivo, de otros dos modos fue asignada una misión política eminente a Solidaridad. Por un lado, se la convirtió en un instrumento electoral en favor del gobierno. No se incurrió en la grosería de privilegiar a los ayuntamientos priístas en contraste con los surgidos de partidos de oposición, de suerte que tal

sesgo pudo ser siempre negado con pruebas. El uso electoral consistía precisamente en identificar las bondades de Solidaridad con el trabajo presidencial y, por medio de la identidad cromática, con el PRI mismo. Puede conjeturarse válidamente que la recuperación priísta de 1991, en lo que haya tenido de realidad electoral, se debió en amplia medida a la eficacia propagandística de Solidaridad. En el mismo orden de ideas, sus recursos servían para cooptar o neutralizar a gobiernos municipales cuyos integrantes no eran priístas. Al mismo tiempo que sus voluntades, a menudo febles, era acercadas al salinismo, el trato que se les dispensaba servía de escaparate precisamente para mostrar la imparcialidad con que eran asignados los fondos del Pronasol.

Un gran número de antiguos militantes de agrupaciones de izquierda, incluidos no pocos miembros de grupos insurgentes, que se jugaron la vida en los años setenta por encontrar un nuevo rumbo político para México, fueron reclutados por Pronasol. No es el caso de enderezar contra ninguno de ellos ninguna sentencia de corte ético, que sería moraloide. Me limito a señalar el hecho de que, de esa manera, un flanco importante del cardenismo de 1988 quedó fuera de circulación política en ese flanco de la vida nacional. Por lo demás, quienes

practicaron esta suerte de agitación y organización social bajo el patrocinio de Solidaridad fueron más congruentes consigo mismos que quienes, procedentes de esa región política, encontraron una nueva vocación y se trocaron en empresarios voraces, contratistas de bienes y servicios

pagados con esplendidez por el Pronasol. De modo que, proteico como fue diseñado, ese programa sirvió también para corromper.

Aunque la transformación de Solidaridad en la Alianza para el bienestar fuera cosmética, tiene importancia política, porque Pronasol carecía de sustancia y era fundamentalmente una imagen. de suerte que, suprimida o deformada esa imagen, no quedará nada de ese proyecto que, como todo el que había engendrado el salinismo y pretendía durar lustros enteros, ha pasado a formar parte entre los muertos.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Solidaridad finada

Como una práctica de presidencialismo caritativo, o populismo dadivoso, pero también como un proyecto político colocado a su servicio personal, el Pronasol fue pensado como una organización partidaria que eventualmente sustituyera al PRI.

Desde el hecho mismo de que su emblema reprodujera los colores nacionales, es decir los del logotipo del PRI, pasando por la designación de su hermano Raúl como responsable de evaluar sus trabajos, y concluyendo con el tipo de organización que generó, sobraban las evidencias de que el presidente Salinas concibió a Solidaridad no sólo "como una nueva forma de trabajar", según rezaba su propaganda; ni únicamente como un modo de organizar el gasto social, sino como un proyecto político de carácter partidista, puesto a su propio servicio.

Cuando se efectuó en septiembre de 1990 la decimocuarta asamblea nacional del PRI, pareció llegada la hora de reemplazar a ese partido por una nueva formación. En Polonia, una década atrás, la conversión del sindicato *Solidarnosc* en una activa fuerza política, contribuyó a la temprana conversión del régimen de partido único en un sistema abierto, que anticipó el fin del socialismo real. Los partidarios de las comparaciones mecánicas veían en el movimiento local de Solidaridad un factor semejante, que permitiera una transición de la era priísta a otra regida por la voluntad del presidente Salinas. El gobierno encabezado por éste se despojaría de ese modo del desprestigio acumulado por el priísmo a lo largo de varias décadas, sin incurrir en las privaciones que provoca la pérdida del poder.

Diversos factores, sin embargo, se conjuntaron para impedir que Solidaridad ocupara con sus comités el papel que había asumido el partido oficial durante décadas, sin que esa contrariedad significara por entero una frustración para el proyecto salinista. Su autor esperaba contar con esas bases para su operación política futura, una vez que concluyera lo que parecía destinado a ser su primer periodo de gobierno. Por ese motivo, cuando sintió en carne propia la acción del Estado, que tantas veces puso en marcha, y su hermano Raúl fue detenido, el escenario natural para su trágico ayuno fue la sede de un comité de Solidaridad. Fracasado de nuevo en su intento de valerse de ese instrumento, en esa misma hora, tal decisión lo condenó a muerte. Solidaridad no sólo recordaba demasiado un tiempo pasado que día con día

era objeto de mayores recriminaciones, sino que Salinas tendría en todo tiempo la tentación de comprobar si habría construido una base de apoyo en torno suyo, al modo en que Perón lo consiguió con los descamisados, en la Argentina de medio siglo atrás.

Aparte el fortalecimiento del presidencialismo caritativo (es decir, del populismo dadivoso que en los discursos era vituperado pero seguía practicándose) y de la construcción de una herramienta política directamente operada por el Ejecutivo, de otros dos modos fue asignada una misión política eminente a Solidaridad. Por un lado, se la convirtió en un instrumento electoral en favor del gobierno. No se incurrió en la grosería de privilegiar a los ayuntamientos priístas en contraste con los surgidos de partidos de oposición, de suerte que tal sesgo pudo ser siempre negado con pruebas. El uso electoral consistía precisamente en identificar las bondades de Solidaridad con el trabajo presidencial y, por medio de la identidad cromática, con el PRI mismo. Puede conjeturarse válidamente que la recuperación priísta de 1991, en lo que haya tenido de realidad electoral, se debió en amplia me-

da a la eficacia propagandística de Solidaridad. En el mismo orden de ideas, sus recursos servían para cooptar o neutralizar a gobiernos municipales cuyos integrantes no eran priístas. Al mismo tiempo que sus voluntades, a menudo febles, era acercadas al salinismo, el trato que se les dispensaba servía de escaparate precisamente para mostrar la imparcialidad con que eran asignados los fondos del Pronasol.

Por último, un gran número de antiguos militantes de agrupaciones de izquierda, incluidos no pocos miembros de la insurgencia armada, que se jugaron la vida en los años setenta por encontrar un nuevo rumbo político para México, fueron reclutados por Pronasol. No es el caso de enderezar contra ninguno de ellos ninguna sentencia de corte ético, que sería moraloide. Me limito a señalar el hecho de que, de esa manera, un flanco importante del cardenismo de 1988 quedó fuera de circulación política, o constreñido a hacerlo en el oficialismo. Por lo demás, quienes practicaron esta suerte de agitación y organización social bajo el patrocinio de Solidaridad, fueron más congruentes consigo mismos que quienes, procedentes de esa región política, encontraron una nueva vocación y se trocaron en empresarios voraces, contratistas de bienes y servicios pagados con esplendidez por el Pronasol. De modo que, proteico como fue diseñado, ese programa sirvió también para corromper.

Aunque la transformación de Solidaridad en la Alianza para el Bienestar fuera cosmética, tiene importancia política, porque Pronasol carecía de sustancia y era fundamentalmente una imagen. De suerte que, suprimida o deformada esa imagen, no quedará nada de ese proyecto que, como todo el que había engendrado el salinismo y pretendía durar lustros enteros, ha pasado a formar parte entre los muertos.



CAJÓN DE SASTRE

La ciudad de México vive una activa Leñeromanía: tres manifestaciones de la creatividad del gran escritor y periodista Vicente Leñero atraen la atención del público, masivo o breve según la naturaleza del espectáculo: esta noche se representa por tercera vez *Todos somos Marcos*, teatro al mismo tiempo clandestino y efímero (pues sólo se pondrá en escena dos veces más, el 26 de junio y el 5 de julio). Hace varias semanas está en cartelera *El callejón de los milagros*, la película de Jorge Fons basada en la novela de Naguib Mahfouz cuyo guión fue escrito por el subdirector de *Proceso*. Y se ha repuesto *La visita del ángel*, la pieza teatral dirigida como hace una década por Ignacio Retes, sólo que ahora con la actuación de Eugenia Leñero, obra también de Vicente (y de Estela, claro).



Al escoger un comité de Solidaridad en Monterrey como la sede de su trágico ayuno, el ex presidente Carlos Salinas decretó la muerte de su proyecto preferido, para ahorrarle la tentación de probar si podría o no serle útil en adelante.